

XIX. “MUY HONRADO MAESTRO Y QUERIDO AMIGO”.

LA SOCIEDAD DE PSICOTERAPIA, disuelta poco después por Jung bajo el gobierno de Hitler, fue censurada en enero de 1930. En una reunión de la Sociedad Psicoanalítica Alemana, Ernst Simmel, como funcionario, leyó una declaración donde se manifestaba que el grupo psicoanalítico alemán se veía obligado a rechazar cualquier responsabilidad por la Sociedad de Psicoterapia. La razón ostensible era la mal definida “línea” que la nueva sociedad proyectaba tomar en relación con el psicoanálisis.

Como consecuencia, los psicoanalistas del sudoeste de Alemania, que habían esperado estímulo y educación mutua del nuevo grupo, empezaron a reunirse extraoficial e irregularmente en Heidelberg, en el departamento de Frieda y Erich Fromm. Frieda Fromm-Reichmann se preocupó mucho por hacer que las reuniones resultaran agradables a Groddeck y consultaba a Emmy sobre la comida que debían servirle. Los Fromm habían sido invitados a la casa de los Groddeck y Emmy era una ama de casa que se preocupaba especialmente por las preferencias de sus invitados. Para Groddeck, la comida no representaba ningún problema; tenía un gran apetito y mientras todo estuviera bien preparado pocas cosas le disgustaban. Prefería el té fuerte y el café fuerte; no tomaba bebidas alcohólicas, salvo cerveza y vino, y prefería el vino del Rin con las comidas. Era adicto a los cigarros norteamericanos, que la Dra. Fromm-Reichmann siempre tenía cuando lo esperaba.

En abril, se reunió en Baden-Baden un congreso de la *Ärztliche Gesellschaft für Psychotherapie*, al que asistieron Simmel y Ferenczi entre otros, Ferenczi hizo referencia a su deuda con Groddeck en un trabajo: “Principios de relajamiento y neocatarsis”, preparado para el congreso y publicado en el número de octubre del *International Journal*.

La técnica de relajamiento que les sugiero suprime indudablemente, de una manera todavía más completa, la distinción entre el análisis de los niños y el de los adultos, distinción que hasta ahora se tomaba demasiado en cuenta. Para hacer los dos tratamientos más parecidos entre sí, me influyó sin duda lo que vi del trabajo de Georg Groddeck, el valeroso campeón del psicoanálisis de las enfermedades orgánicas, cuando lo consulté acerca de una enfermedad orgánica. Sentí que tenía razón al pedir a sus pacientes una especie de ingenuidad infantil, y contemplé el éxito así logrado.

El Congreso de Psicoterapia de Dresde, en agosto, incluía conferencias de Simmel, Horney, Michael Balint, Fromm y otros, así como varias notables conferencias de Groddeck.

Presentó una ponencia sobre *Strubelpeter*, la horrible canción infantil. Una secuencia habla de un niño desobediente que salió cuando llovía, con un paraguas y el viento se lo llevó. Era “Roberto el volador”. (Groddeck había llamado con frecuencia a su hermano mayor por este nombre). Erich Fromm recuerda que la charla estuvo llena de ideas originales y sorprendentes percepciones.

Después del Congreso, Simmel y otros muchos se quedaron en Baden-Baden como invitados de los Groddeck durante varios días. Groddeck le preguntaba a todo el mundo sobre Freud. ¿Hablaba Freud alguna vez de él? ¿Qué aspecto tenía? ¿Era razonable invitarlo a Baden-Baden para que fuera a descansar?

Fue alrededor de esta época cuando Groddeck sufrió algo que puede haber sido un colapso repentino, aunque fue llamado ataque al corazón. Era semejante a la enfermedad que había sufrido su padre. A diferencia de su padre, permitió a su asustada esposa que llamara a un médico. Se le ordenó que descansara,

se le advirtió que debía renunciar a beber y a fumar. No tenía intención de hacerlo. Tan pronto como se sintió mejor, volvió a pedir vino con sus comidas y empezó a fumar. Emmy le recordó que le habían aconsejado energicamente que no fumara. La miró y sonrió. “Ya lo sé -dijo-, pero ése no es mi modo.”

El primero de septiembre, después de casi tres años de alejamiento, leyó en el periódico que a Freud le habían otorgado el premio Goethe de literatura. Anna Freud lo aceptó en nombre de su padre, en un discurso en la Goethehaus en Frankfurt. Freud le envió a Groddeck su fotografía y Groddeck quedó encantado. Se sentó a escribir, se sintió todavía muy tembloroso y prefirió la máquina. Empezó con el saludo:

Muy honrado maestro y querido amigo:

Debido a que tengo razón para desconfiar de que mi escritura sea legible, debe usted perdonarme si uso la máquina de escribir en vez de una pluma... Su fotografía me da gran alegría y una de las mejores sorpresas que he recibido. No sospeché que usted supiera lo que significa para mí personalmente.

Desgraciadamente oí demasiado tarde que le han otorgado el premio Goethe. Por lo que he oído, habrá mucha gente que sentirá la necesidad de comentarlo. A juzgar por mi propia experiencia, no hay nadie en el mundo que se lo haya ganado más. Fui educado en la admiración de Goethe, pero no lo entendía muy bien hasta que conocí el psicoanálisis. Basado en el supuesto de que el psicoanálisis no es ya una cuestión médica sino algo muy distinto, puedo hacer algunas preguntas. Ahora me dirijo a usted, el nuevo cuidadoso guardián, en la esperanza de que todavía pueda decirle algo al niño, de lo mejor que usted sabe.

Cuando Fausto, después de su muerte, es llevado por los ángeles, algunos versos acompañan esta acción sobre la cual ha fantaseado el discípulo, hasta sentir que la cabeza le da vueltas. Lo que me preocupa son las indicaciones que incluyen las palabras: “Siempre a aquel que con denuedo lucha y se afana en la vida, salvación brindar podemos...” Según lo que dice Eckermann, Goethe le dijo que el enigma de Fausto se resuelve en estos versos. Aunque confío poco en Eckermann -es una tradición familiar-, no puedo suponer que haya oído mal, especialmente ya que en relación con esto hace un largo recuento de lo que supone que Goethe dijo, además de esto; pero que parece característico de Eckermann... las comillas prueban que las famosas palabras de “de esta lucha” son una cita y no reflejan simplemente una opinión de los ángeles...

No pretendo obtener de usted una respuesta a esta pregunta. Me gustaría más que usted me refutara. Por mucho que me gustaría tener a Goethe como testigo de la corona de mis sobrenaturales ideas, lo temería aún en mi afán de semejanza con la divinidad.

Lo mejor sería quizás no responder en absoluto, pero lo mejor no es siempre lo más agradable para este discípulo suyo que está envejeciendo, Groddeck.

Por favor dígame a Fräulein Anna cuánto lamento no haberla recibido en Frankfurt. Confío en que tenga un corazón dado en perdonar.

Freud no interpretó en ningún sentido la dificultad para escribir. Tampoco mencionó Groddeck su enfermedad. Volvía a su antigua y favorita relación: el hijo, el discípulo, el que interrogaba humildemente.

Freud le contestó desde Grundlsee, donde estaba descansando. Dijo que no estaba obligado por conveniencia ni cortesía a aceptar felicitaciones por un honor público. Aparte de las felicitaciones, sin embargo, la carta de Groddeck contenía otras cosas que le satisfacían.

Cuando esté en Viena otra vez y cerca de mi biblioteca, trataré de dar con eso que usted objeta. Buscaré en Eckermann, que me es tan poco simpático como a usted, y le escribiré sobre eso.

Mientras tanto, no entiendo en eso a Goethe más de lo que entiendo a Groddeck...

En enero del año siguiente, en una reunión en el departamento de Frieda Fromm-Reichmann, Groddeck habló sobre la literatura inglesa. Más tarde, en ese mismo año, escribió un trabajo sobre “La influencia de la literatura inglesa en Alemania”. En realidad, al decir “literatura inglesa” se refería a obras escritas en idioma inglés. El artículo empezaba como un cuento.

Había una vez, quizás hace más de 50 años, un niño alemán de unos ocho años, de pie sobre un montón de arena, en medio del patio de la casa de su padre. Llevaba en la cabeza un casco de papel, hecho en casa, rodeado de una corona hecha de papel dorado. En la mano derecha tenía una espada de madera y, blandiendo el arma, gritaba a sus compañeros de juego: “¡Un caballo, un caballo, mi reino por un caballo!” Pasó por allí su hermano, más grande y mucho mayor que él, quien rió y exclamó: “Bueno, eres un rey gracioso.” “¿Gracioso?”, preguntó el niño sorprendido, “No, soy Ricardo, Ricardo III, y esta es una tragedia de Shak-es-pierre, para que te informes”.

Entonces el hermano rió más y dijo: “El nombre es Shakespeare, y era un poeta inglés.” El pequeño se mordió los labios para no llorar y, lleno de ira, casi escupió las siguientes palabras: “Ya sé que Shakespeare era inglés, pero no estoy hablando de él. Estoy hablando de Shak-es-pierre, que era alemán y escribió sus tragedias en alemán. Si no, ¿cómo iba yo a poder leerlas?” Entonces el mayor dice: “Eres y serás siempre un *dummkopf*. La obra es del más grande dramaturgo inglés y ha sido traducida por Schlegel al alemán. Mira el libro, que dice ‘traducción’ en la primera página.” El pequeño rey se quedó por un momento inmóvil sobre el montón de arena y luego se quitó la corona y la espada y corrió a la biblioteca de su padre. Allí se quedó sentado un largo rato, mirando las palabras: “Traducido por F. Schlegel”, y le corrieron las lágrimas por las mejillas sólo porque Shakespeare era inglés y no alemán.

Esta historia es verdadera y nosotros en Alemania nos sentimos exactamente como él. Para nosotros, Shakespeare es tan alemán como la Biblia, y como leer la Biblia ya no está de moda, las obras de Shakespeare significan todavía más para nosotros que antes.

Shakespeare era el gran amor de Groddeck, pero sus otros favoritos en inglés eran curiosos. Llamaba a la *Clarissa* de Richardson “la raíz de toda la novela alemana y la base de la literatura romántica”. Suponía que Goethe había recibido su inspiración para *Las Cuitas de Werther* de *Clarissa*. *Werther* acompañó a Napoleón en sus campañas, “un buen ejemplo de cómo un genio entiende a otro aunque sus campos de actividad estén en distintos planos”.

Goldsmith era otro autor amado en Alemania, según Groddeck. Cinco libros se encontraban en cualquier parte de Alemania: La Biblia, los *Cuentos de hadas* de Grimm y el *Strubelpeter*, y dos libros ingleses, *Robinson Crusoe* y los *Leatherstocking Tales* de Cooper. Había muchas imitaciones de los *Leatherstocking Tales*, lo mismo que de *Robinson Crusoe*. Hasta Freud,

...quien con su excepcional fuerza de auto-limitación ha podido imponer su notable dón de profecía en un campo de acción relativamente limitado, ha sido presa de la magia de los cuentos de Defoe. Ya en sus primeros trabajos acerca del funcionamiento del inconsciente habla de la interacción de Eros y fuego. Atravesó así las fronteras auto-impuestas del inconsciente, y antes de incorporar a sus teorías el concepto del *Es*, obligó a uno de sus discípulos a jugar durante muchos años con las ideas que encontraron una conclusión temporal en la redacción de *El libro del Ello*. El autor de este libro que, en sí, sólo tiene un valor dudoso, pero que ha actuado como una hierba silvestre en una isla de coral, nunca ha discutido acerca de *Robinson Crusoe* con Freud y por tanto no puede asegurar si el gran descubridor del alma humana llegó a su observación sobre el fuego y el impulso por el libro inglés de aventuras; pero de mí mismo puedo decir que mi concepto del *Es*, así como mis opiniones acerca de la fuerza de los símbolos de la vida humana, tienen una de sus múltiples raíces en el *Robinson Crusoe*.

En cuanto a Cooper,

Una de las razones por las que no iría a los Estados Unidos en la actualidad es que sería demasiado grande la decepción al no encontrar rebaños de búfalos ni indios con hachas y cabelleras, polainas y mocasines; no tener que ganarles en astucia ni que pelear con ellos, ni tener la oportunidad de meter una bala de mosquete por el cuello de una botella, ni de dispararle a una patata lanzada al aire y darle sólo a la cáscara, o rescatar a una doncella robada de manos de los salvajes, liberarla del poste del martirio. Esas decepciones serían demasiado grandes... Cooper y los miles de sus imitadores me han encantado... En lo más secreto de nuestros corazones, nosotros los alemanes somos niños, un pueblo de soñadores que vivimos en un mundo distinto al de la realidad.

El autor contemporáneo favorito de Groddeck era Karl May, un alemán que nunca salió de Alemania pero que escribió historias de aventuras de los “pioneros” norteamericanos.

Tan obstinado en este terreno como en el de la medicina, Groddeck decía que la influencia de la literatura inglesa estaba disminuyendo considerablemente y que la de los rusos, Tolstoi y Dostoievsky, se estaba poniendo de moda, aunque la literatura en general estaba declinando. Alguien que difícilmente encontraba un igual era Dickens, “en verdad el creador de toda la escritura moderna”. No se comparaba por supuesto, con Shakespeare, pero a su modo era único... “Dickens es de la cabeza a los pies un verdadero inglés; y así, termino con un verdadero inglés, así como empecé con el poeta alemán Shak-es-pierre... Recientemente leí que alguien había vuelto a traducir a Shakespeare. ¿Por qué traducirlo de nuevo? Para nosotros, en Alemania, es alemán. Para los suecos, es sueco y, por tanto, es perfectamente normal que los ingleses lo consideren un poeta inglés.”

Es una lástima que nunca se publicara el artículo completo. Delicadamente humorístico, perspicaz, admirativo sin reverencia, Groddeck se interesaba pero no se dejaba abrumar. Algo que sus admiradores suelen olvidar es que no se tomaba a sí mismo tan en serio como ellos lo hacían. La risa era más importante que la corrección.

En febrero de 1932, Groddeck escribió nuevamente a Freud. No mencionó su reciente enfermedad, pero por sus muchos amigos comunes, Freud indudablemente estaba enterado del estado de salud de Groddeck, así como Groddeck supo siempre cómo estaba Freud.

No había permanecido ocioso durante su larga convalecencia, sino que había estado escribiendo regularmente. Le dijo a Freud que estaba trabajando ahora en un libro, *Der Mensch als Symbol*, e incluía parte del manuscrito, aunque decía que no quería que Freud se molestara en leerlo.

...No pretendo que usted se ocupe en leer el material del manuscrito que le incluyo, pero quizás la señorita Anna Freud recuerde algo de nuestra reunión en La Haya, que yo recuerdo con frecuencia¹. Quisiera pedirle que sacrificara una hora de descanso para darle a usted un corto informe.

Me encuentro aproximadamente en la misma posición en que estaba en tiempos del *Seelensucher*; naturalmente, no sé si usted podrá ayudarme esta vez. Sería posible que usted fuera de la misma opinión que yo, que el material sobre el que estoy trabajando debiera publicarse como las opiniones del enfermizo Thomas Weltlein. Sin embargo, no tengo tiempo, y probablemente para el resto de mi vida tampoco la fuerza para contar historias y formularlas, de modo que he escogido la manera seria.

Me refiero a un libro en el que las peculiaridades del lenguaje y el arte formativo son utilizados para probar lo estrechamente ligados que han estado siempre el símbolo y la vida; la relación con la medicina será, especialmente en la primera parte, sólo general; al mismo tiempo analizaré, sin embargo, ya sea en un

1* Casi parece que se hubiera olvidado de que no le había simpatizado. En realidad, conocía su antipatía por el propio Freud.

volumen completo o en folletos por separado, el funcionamiento del símbolo y el organismo como un todo y sus partes separadas. Incluyo un bosquejo de ambos planes, que bastará probablemente para permitirnos decidir si el editor psicoanalítico querrá participar en esta cuestión. El primer capítulo ha sido tomado por Storfer para el Movimiento Psicoanalítico y aparecería probablemente en la próxima edición. Incluyo los dos capítulos siguientes; de la segunda parte, los fragmentos acerca de la visión darán una indicación. No está todavía terminado y requiere trabajo. Espero terminar la primera parte en el invierno y tener lista una parte considerable de la segunda.

Si le someto el trabajo en la forma de un monstruo en vez de esperar a que el pequeño se haya vuelto respetable, ello obedece a la incertidumbre de saber si el *Verlag* podría decidir en principio si quiere publicar este libro. No debe surgir de esto ninguna obligación. Es, simplemente, una pregunta. Como ya sé por experiencia cuánto se tarda si uno empieza a ofrecer un manuscrito terminado a los editores, trataré cuando menos de iniciar las cosas.

Storfer me ha informado que dejará el *Verlag* el primero de abril. Si he entendido correctamente, su hijo ocupará ese lugar. Le he informado al mismo tiempo de este paso, lo mismo que a usted. Espero que tendrá la amabilidad de devolverme el manuscrito, ya sea que la respuesta sea afirmativa o negativa. Con mis recuerdos y mejores deseos, su desgraciadamente un poco senil y débil, aunque todavía agradecido discípulo.

La situación económica en Alemania era precaria, y el *Verlag* atravesaba una crisis financiera tan grave que su simple subsistencia era dudosa. Freud había decidido, como último recurso, hacer un llamado a la Asociación Psicoanalítica Internacional para que se hiciera cargo del *Verlag* en lo sucesivo.

Anna Freud respondió a Groddeck en nombre de su padre, que había insistido en leer él mismo el manuscrito. “Me pide que le diga que nunca creyó en sus debilidades mentales ni en su senilidad, pero menos aún después de leer este material.”

Desgraciadamente, proseguía la carta, el *Verlag* estaba en una grave situación financiera, lo que obligaba a limitar la publicación a las revistas y libros cuyo costo de publicación pudiera ser pagado por los autores. Decía que le daba mucha pena, pero no había otra manera de mantener el funcionamiento de la editorial. “Mi padre le manda sus mejores recuerdos. Está bien, superando todas las dificultades físicas con que tropieza con una energía y un vigor siempre renovados.”

El propio Groddeck estaba plenamente recuperado y el 6 de marzo habló en una reunión en Heidelberg sobre la “Visión”, su tema favorito. Más tarde, en esa primavera, visitó Inglaterra y leyó, en inglés, su trabajo sobre la literatura inglesa.

XIX. “Muy honrado maestro y querido amigo”, pp. 136-143, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck
Volver a News II-ALSF